

Hombres, ideas y libros

“Androvar” por Pedro Prado

SE ha dicho que la génesis de toda obra de arte se presenta siempre con los caracteres que corresponden a lo que llamamos lirismo o subjetivismo en poesía *; sólo más tarde, a medida que el embrión toma una forma de expresión determinada, van experimentando estos caracteres una modificación más o menos señalada. Si esto es cierto en lo que se refiere a la formación de una obra artística cualquiera, parece corresponder también a lo que ocurre, en líneas generales, ya en el desarrollo de la literatura de cada pueblo, ya en el conjunto de obras de un mismo autor. En efecto, y aun contra la opinión de Hegel, la primera forma de poesía debió probablemente ser la lírica ya que para ello bastaban al hombre sus propios sentimientos; en cambio, para la épica necesitaba un suceso o acontecimiento que debía servir de base a la narración. Es obvio, además, recordar que la vida de la sensación es anterior a la del pensamiento y que, por regla general, la primera producción de un artista tiene un carácter más lírico o subjetivo que el de ser obra ulterior.

En el conjunto de obras que lleva publicadas Pedro Prado desde 1908 aparece en primer término el aspecto lírico con «Flores de Cardo», «La Casa Abandonada» y «El Llamado del Mundo». En este último puede verse ya el lirismo teñido

* Baldensperger.—«La Littérature».—E. Flammarion.—París.

de cierto colorido filosófico que halla, por entonces, su expresión más alta en la celebrada composición «Lázaro». Con «La Reina de Rapa-Nui» se incorpora a su obra el elemento descriptivo, o aspecto objetivo de su temperamento. En «Alsino» la parte objetiva adquiere un desarrollo considerable; pero queda superada por el lirismo que alcanza en esta obra una elevación no superada hasta ahora en su labor posterior. En «Un Juez Rural» desaparece por completo el aspecto lírico y predomina sin contrapeso el objetivo; lo sentimental deja paso a lo intelectual; la ironía luce su sonrisa inquietante; el talento de observador y el poder de las sensaciones visuales produce páginas descriptivas verdaderamente maestras; la curiosidad espiritual, el afán de enfrentarse con problemas trascendentales acerca de la justicia, la verdad y el bien atormentan ya a Esteban Solaguren. Finalmente, «Androvar» es ya todo cerebro, verdadero y apasionado laboratorista de la verdad que no vacila ante los más audaces experimentos para alcanzar la radiosa contemplación de lo verdadero.

Pero si de estas obras de Prado ha desaparecido el lirismo no quiere decir eso que haya desaparecido el poeta. «Androvar», como «Alsino», tiene claras muestras de haber sido concebido por un poeta. Ambos, en verdad, son hijos exclusivos de la fantasía; y aparece uno, como símbolo de angustias sentimentales y el otro, como compendio de inquietudes intelectuales. El poeta aparece, además, en mil detalles ya en las comparaciones llenas de novedad, ya en la armonía del lenguaje, ya en la sutileza de algún rasgo que desborda rico contenido sentimental. Mientras se entrega a la especulación intelectual, internándose por los laberintos del pensamiento, el poeta va intercalando, aquí y allá, cuadros que son un acierto de su sensibilidad. El poeta que sorprendiera por su color oriental en la ingeniosa farsa de Karez I Roshan vuelve a darnos en varios de estos cuadros nuevas pruebas de la flexibilidad de su espíritu. Sólo un temperamento muy bien dotado desde el punto de vista artístico puede tener éxito en la construcción de un paisaje tal, por ejemplo, como aquél con que se inicia la obra y que representa

una aldea de Palestina. El paisaje, ya en este caso como en otros que siguen en el texto, ha sido construido, sin duda alguna, con elementos puramente «nacionales», si así puedo expresarme. Es decir, la calleja torcida y pendiente, el murallón de adobes leprosos, la higuera achaparrada bajo cuyo amparo dormitan los asnos; la mujer con el cántaro que hace un ruido musical al llenarse; los cargadores que se detienen en medio de la plaza; el portal de machones sobados y que lucen cintura; los canes de diversas cataduras, todo eso ha sido visto por el autor en diversas partes y ocasiones. Su habilidad de artista ha sabido sorprender el carácter común que podían tener esos detalles en un momento dado para utilizarlos en la construcción de una aldea de Palestina. En este mismo cuadro hay, además, un rasgo descriptivo verdaderamente proustiano: «Una calleja torcida—dice—y en pendiente cae en otra y la ensancha y hay como un esplaye que es toda la plaza del pequeño caserío». Por otra parte, estos rasgos son muy frecuentes en las obras de Prado, especialmente en «Alsino» y revelan un espíritu que sabe ver las cosas de una manera personal.

* * *

Trascurre la acción de «Androvar» en una aldea de Palestina, en los tiempos en que la palabra de Cristo ponía un estremecimiento milagroso en el reposado ambiente de Judea. Por todas partes corría la fama de sus hechos maravillosos. Androvar que había pasado toda su vida angustiado por la sed de la sabiduría, corre hacia Jesús, anheloso del conocimiento perfecto, llevando la luz de la esperanza en sus ojos ya fatigados de tanto seguir las huellas que dejó la verdad en todas las cosas. En la aldea de Bethel esperan a Jesús, que ha hecho andar al paralítico y ha abierto los ojos del ciego. Llegan allí Androvar y su discípulo Gadel para hablar al Nazareno. Androvar le relata sus inquietudes espirituales y le expone las dificultades que tenemos para encontrar el bien y la verdad con el conocimiento limitado que pueden proporcionarnos nuestras limitadas

experiencias. «Qué clara se haría la verdad—dice—cuán pronto esplendería si en vez de verse el hombre obligado a elegir, para después de su elección añorar lo desconocido que despreció, pudiésemos elegir lo uno y lo otro a la vez. Siempre el camino que despreciamos, por desconocido, se nos figura mejor que el que llevamos. Si los numerosos caminos despreciados no quedasen desconocidos para nosotros podríamos compararlos con el que miden nuestros pasos; entonces todo engaño ilusorio sería imposible, y nuestra elección se enderezaría rápida y segura hacia el bien». Concluye Androvar por pedir a Jesús que, para calmar su sed de conocimiento, funda su espíritu y el de su discípulo Gadel en un solo espíritu común que será nutrido por la experiencia que recojan ambos. Jesús concede el milagro. El proyecto de Androvar es, sin duda alguna, audaz e interesante; pero desde el comienzo podía verse que no iba a dar el resultado apetecido porque la conciencia se ampliaba solamente con una experiencia más para cada uno de los que intervenían en la prueba. Así entre diez o quince posibilidades o situaciones distintas, Androvar no podía conocer en adelante sino dos: la que elegía él mismo y la que adoptaba Gadel. En el fondo, pues, y para los efectos de llegar al conocimiento de la verdad la cuestión permanecía en el mismo estado que antes de que se realizara la fusión de los dos espíritus.

Hay en este primer acto un detalle, que sólo anoto a título de curiosidad, y que sirve para apreciar cuán difícil es la tarea de quienes tienen que buscar la verdad de un suceso en las declaraciones de testigos. El personaje designado con el nombre de el Pescador dice (pág. 15) refiriéndose al milagro del paralítico, que desde el lugar en que él se hallaba en el momento del suceso sólo se veía el rostro del paralítico. Luego después, al intervenir en un diálogo entre El Labriego y La Mujer (pág. 17) manifiesta que en cuanto el paralítico, por influjo del Nazareno, se echó a andar como un sonámbulo «no le vió más por correr tras el Galileo que se alejaba sonriente». Parece, pues, que el pescador se apartó del ex-paralítico apenas realizado el milagro, en los momentos de los primeros pasos. Sin

embargo, su declaración resulta no ser completamente exacta, porque de lo expuesto por el mismo personaje en las págs. 20 y 22 se desprende que no se apartó del grupo que rodeaba al enfermo en cuanto éste se puso a andar, sino que se quedó allí hasta mucho después. En efecto, vió la danza enloquecida a que se entregó el ex-enfermo; le vió también rasgar sus vestidos en el frenesí del movimiento; y, por último, le vió jadeante y rendido tropezar y caer quebrándose una pierna.

* * *

El segundo acto nos muestra las consecuencias dolorosas que el experimento ha traído para Androvar. No consiguió calmar la ansiedad de su espíritu, antes bien el mayor conocimiento le trajo mayor desasosiego «puesto que la mucha sabiduría trae consigo muchas desazones; y quien acrecienta el saber acrecienta también el trabajo».

Desde luego, al operarse la fusión con el espíritu de Gadel descubre que éste, a quien consideraba su fiel discípulo, le engaña lamentablemente. Gadel, en efecto, mientras su maestro vivía en perpetuo contacto con las verdades trascendentales, lograba establecer relaciones menos elevadas pero más precisas con Elienai, la esposa del venerado maestro. El descubrimiento no regocija precisamente a Androvar, pero tampoco le desespera y ni aun le impulsa a tomar una venganza simbólica como la que tomó, por ejemplo, el señor Luciano Bergeret en caso semejante. Androvar adquiere este nuevo conocimiento con la serenidad que corresponde a un hombre de ciencia que se halla ante uno de los muchos fenómenos curiosos e imprevistos de la Naturaleza. Por otra parte, contribuía también a afianzar esta actitud de elegante tranquilidad la circunstancia de que aunque Elienai y Gadel quisieran engañarle no podían hacerlo. Efectivamente, el espíritu común o único del marido y del amante hacía que Androvar disfrutara también del afecto que Elienai dedicaba a Gadel como si en realidad estuviera dedicado a él mismo. Experimentó, por tanto, Androvar la sensación de ser a

un mismo tiempo burlado y burlador, marido y, técnicamente, amante de su propia mujer.

Ahora bien, ¿por qué es Gadel (pág. 47) el que pide el milagro de la conciencia única para él y su maestro cuando esta fusión debía conducir al descubrimiento de su amor, que importaba una traición para su maestro? ¿Por qué Gadel no sentía las congojas de Androvar como éste sentía el amor mutuo de Elienai y Gadel? ¿Por qué razón Gadel, sabiendo, como tenía que saber, las torturas de su maestro le afligía, no obstante, con escenas de amor que Androvar tenía que recibir con todos sus detalles? ¿Se perturbaba el amor de Gadel con las meditaciones de Androvar, así como las cavilaciones de éste se amargaban con la traición del discípulo? En fin, sería interminable señalar la serie de complicaciones cada vez más intrincadas y sutiles a que da lugar la situación en que el autor ha querido colocar a sus personajes. Evidentemente, Prado no ha tenido la intención de despejar todas las incógnitas que crea la milagrosa fusión espiritual, sino que ha buscado presentar únicamente el problema desde el punto de vista del personaje principal.

Las dolorosas complicaciones y las indecibles angustias que con esta primera prueba experimentó Androvar no fueron bastantes para su sed de conocimiento; y, al final de este segundo acto, le vemos nuevamente ante Jesús para pedirle que lleve más adelante la prueba empezada y añada el espíritu de Elienai a los dos espíritus ya fusionados.

* * *

En el tercer acto la trinidad de espíritus y conciencias está realizada. Androvar, Gadel y Elienai forman una sola persona, espiritualmente hablando. Las complicaciones pueden adquirir, ahora, caracteres pavorosos. Androvar puede añadir a su condición de marido y amante la de marido y esposa al mismo tiempo, autor y víctima del adulterio. Pero el fin perseguido por el autor es diferente y no necesita, en modo alguno, dete-

nerse en estos hechos. La acción se orienta hacia la experiencia más trascendental que podría intentarse; la de reunir en un mismo espíritu la sensación de la vida y el conocimiento de la muerte. Gadel agoniza herido por mortal puñalada. Androvar y Elienai sienten las angustias de la muerte; y en cuanto el cuerpo de Gadel queda inanimado, el misterio terrible de la muerte se hace claro en sus almas. Anonadados por la formidable revelación, que les aplasta como una montaña, claman a Jesús para que les liberte de la condición de seguir viviendo atados a la muerte. Pero Jesús no puede deshacer lo que está hecho en nombre de su Padre. Y así Androvar y Elienai, nuevos Adán y Eva que quisieron ser como los dioses, oyen de los labios de Cristo la sentencia fatal: «Androvar: en esa mujer que es tu propia imagen procrearás larga descendencia, nuevos seres para siempre señalados por la angustia de ser dueños de revelaciones imposibles.»

Este bello poema dramático ¿no es, acaso, una glosa de aquel primer acto del drama humano que empezó a realizarse en el jardín del Paraíso bajo la mirada vigilante de Dios? Adán y Androvar pretendieron ser como los dioses; en ambos la tentación fué el desear ser conocedores de todo, del bien y del mal. Se abrieron los ojos de Adán y sintió vergüenza porque se vió desnudo; se abrieron los ojos de Androvar y se vió herido por congijas indescribibles. La culpa de la trasgresión moral del primero y las consecuencias de las experiencias consentidas del segundo se proyectan sobre la interminable descendencia de ambos. Androvar es el padre de una humanidad manchada con el pecado original de la curiosidad intelectual.

LUIS D. CRUZ OCAMPO.